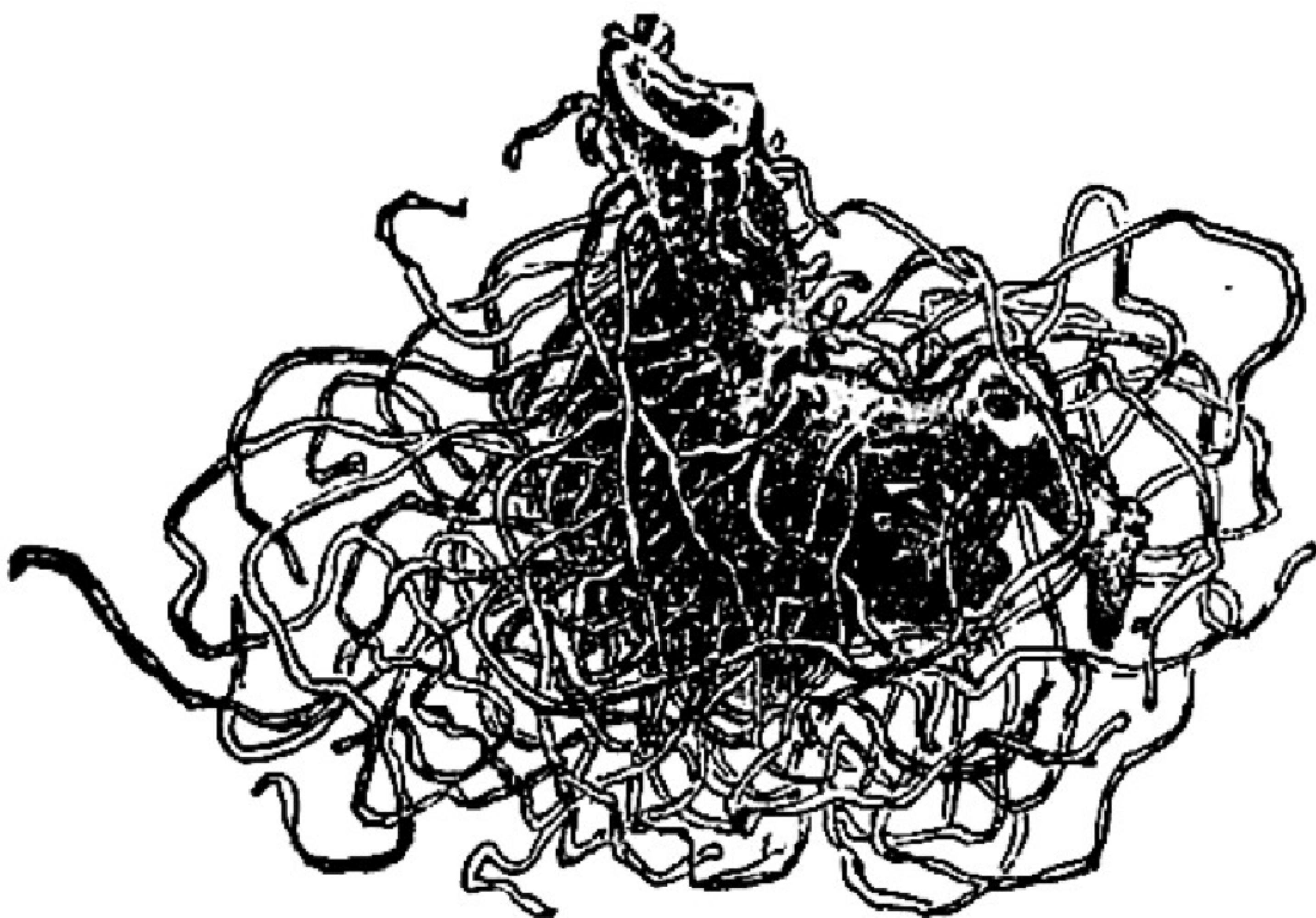


EL MÉTODO INSURRECCIONAL



Alfredo María Bonanno

PRÓLOGO

En tiempos donde el dominio y el poder atacan cada vez más fuerte, y cuando pareciera que no hay tiempo para reflexionar y discutir sobre las formas de contra atacar, este texto viene a extender una invitación fundamental: tensionar y plantear propuestas sobre los métodos de lucha y de organización en el combate permanente contra el poder, el Estado y toda forma de autoridad.

Publicado en 1998, lo planteado en "El método insurreccional" mantiene una actualidad y vigencia relevante para fortalecer y revitalizar el debate y la acción anárquica insurreccional en los territorios del cono sur de Abya Yala (Latinoamérica) y alrededor del mundo. Si bien actualmente podemos discrepar con algunas nociones y conceptos planteados por el compañero autor del texto, el valor de una reedición en pleno contexto de pandemia global en el año 2021 responde a la necesidad de difundir tensiones y propuestas para el abordaje de la lucha por la liberación total y de las luchas reivindicativas o parciales desde una perspectiva anárquica insurreccional.

En este territorio denominado \$hile intensos días de revuelta generalizada se vivieron a partir del 18 de octubre de 2019. Y si bien aun se mantiene un importante nivel de conflictividad y de lucha, han sido muchxs lxs que se vieron envueltxs en consignas y banderas de esperanza en pos de aprobar una salida política a través de un plebiscito para una nueva Constitución, acuerdo "de paz" destinado a aplastar la revuelta por medio de la política, la representatividad y la delegación por vías institucionales.

En medio de este contexto, desde la insurrección anárquica, y sus ya décadas de presencia en este territorio, reflexionamos y actuamos concientes de lo que nos acerca y de lo que nos separa del contexto general de revuelta, atentxs y abiertxs a la autocrítica para potenciar la coherencia entre medios y fines, la generación de redes y la construcción de relaciones de afinidad, herramientas que tienen un lugar importante en las páginas de "El método insurreccional" al abordar distintos desafíos y necesidades de la lucha para intervenir en la realidad sin maquillar nuestra esencia anárquica.

Es por esto que con la difusión de este texto, editado y puesto en circulación por compas de diversos territorios, seguimos reivindicando y reactualizando la afinidad, la informalidad, la autoorganización, la conflictividad y el ataque permanente como elementos fundamentales de las propuestas anárquicas para la lucha contra el Estado y toda forma de autoridad.

**Contra toda forma de representación, delegación, poder y jerarquía.
Muerte al poder y que viva la anarquía.**

\$hile, marzo de 2021.

Palabras previas de compas del territorio dominado por el Estado Boliviano.

Toda Sociedad erguida bajo los pilares de la civilización, de la tecnología, la moral, el dinero y el poder será siempre opresora, buscará siempre el beneficio de unxs pocxs a costa de la destrucción de lo que le rodea, de la manipulación lenta y sistemática de las personas, logrando muchas veces que estas mismas sean una pieza adormecida y sumisa, que se enorgullezca de su papel esclavizante, disfrazado de trabajo, de patriotismo y de buenas costumbres.

¿Hay acaso algún ejemplo de una sociedad civilizada que no se haya erguido por medio de la explotación? ¿Hay acaso algún estado el cual no ejerza violencia? Tendemos a pensar solo una forma de violencia la cual siempre está enfocada en la violencia que ejercen “aquellxs marginadxs”, “lxs salvajes”, “lxs violentxs encapuchadxs”, etc., etc. Mas, esta solo es una reacción ante las formas violentas a las cuales nos empujan a vivir.

En estos últimos tiempos venimos viviendo un auge de el sistema dominante el cual ejerce en una forma silenciosa y violenta un adoctrinamiento y adormecimiento de masas a gran escala. Las oleadas represivas y el control están cada vez mas fuertes y las formas de contrarrestarlas parecen temas no muy discutidos. Estamos entrando a una realidad en donde cada vez tenemos menos espacios privados para vernos las caras y compartir/discutir nuestras ideas. En cambio, muchas veces estamos sirviendo en bandeja nuestros rostros, nuestras ideas, nuestros pensamientos y nuestras ubicaciones, exponiéndolos absurda y groseramente en las nuevas redes de recopilación y gestión de datos. Todo esto como si fuera la única forma hoy en día de comunicarnos, entrando quizás en la comodidad y facilismo que estas nuevas redes brindan.

Creemos que siempre hubo, hay y habrá formas de evadir y seguir avanzando por los márgenes de toda sociedad, agazapadxs y buscando grietas por donde escabullirse y atacar. Creemos necesario el rescate y distribución de ideas que sirvan para nuestra cotidianidad, para el compartir y debatir las mismas, para fortalecernos entre afines y para tener también una visión critica hacia nuestros pasos y nuestros territorios en conflictos

Recientemente tuvimos muchas noticias desde el territorio dominado por el estado chileno precisamente, por lo que este texto surge también como un apoyo incondicional a lxs compañerxs Mónica Caballero y Francisco Solar, quienes están en las garras de elenemigo dentro de sus jaulas, compañerxs que unieron el corazón con el coraje como bien dice el compañero Bonanno en este texto, cuya lectura y debate consideramos más que necesarias, sobre todo para fortalecer nuestros posicionamientos sobre las realidades coyunturales y los desvaríos ideológicos tan frecuentes actualmente.

No queremos un sociedad teconindustrial buena y del pueblo, de hecho queremos su destrucción! No creemos que votar al mal menor sea un triunfo, sino que una herramienta para la domesticación y aceptación de reformas para el fortalecimiento del enemigo.

**La insurreccion es akí, ahora y permanentemente.
Con la memoria negra y el tacto firme.
Fuego a la Sociedad tecnoindustrial Carcelaria**

Palabras previas de compas del territorio dominado por el Estado Argentino.

Esta edición pisa la calle con la firme decisión de seguir fortaleciendo los lazos de afinidad y complicidad de un lado y del otro de la cordillera, al margen de todo fetiche y de la idealización de la violencia.

Este texto de Bonanno, "El método insurreccional", escrito en 1998 y editado por Anarchismo Triestre en el año 2003 no es ni más ni menos que un análisis, una crítica y una visión siempre necesarias para captar las señales de los fuegos insurreccionales en proceso o en curso, para de esta manera abordar una ofensiva en contra del poder y la autoridad en todas sus variables, con prudencia pero no por ello menos intensa haciendo un trabajo que va desde lo individual a lo colectivo.

Sin más preámbulos les dejamos con este exquisito texto con la esperanza de que sirva como aporte para el debate, y del debate a la confrontación.

EL MÉTODO INSURRECCIONAL

La insurrección de grandes masas de población, o de toda la población, en un momento dado, presupone la existencia previa de cierto estado de cosas. Presupone la descomposición de las condiciones sociales y económicas, y tal vez una extrema incapacidad por parte del Estado para mantener el orden y el respeto de las leyes; pero presupone también la existencia de individuos y grupos de individuos capaces de captar esa descomposición más allá de las señales externas con las que esta se manifiesta. Es necesario por tanto, en cada ocasión, saber más allá de las motivaciones, a menudo coyunturales y secundarias, que conducen a los primeros fuegos insurreccionales, a los primeros síntomas, a fin de poder hacer contribuciones propias a la lucha y no, por el contrario frenarla o infravalorarla como una sencilla e inarticulada reacción de rechazo hacia la forma de dominación política del momento.

Pero, ¿quiénes son los individuos que deben realizar esa tarea? Podrían ser los anarquistas, quizá no tanto por su elección ideológica, por su declarada negación a toda autoridad, como por la capacidad crítica que deberían tener para valorar métodos de lucha y proyectos organizativos.

Y por otro lado, sólo quien se revela, quien ya se ha revelado, aunque sea en el microcosmos de su propia vida, quien ha afrontado ya las consecuencias de esta rebelión y las ha vivido en toda su plenitud, puede tener la sensibilidad y la intuición necesarias para captar las señales del movimiento insurreccional en curso. No todos los anarquistas son rebeldes, ni todos los rebeldes son anarquistas.

Complica las cosas el hecho de que no basta con ser un rebelde para entender la rebelión de otros, es necesaria una predisposición a la comprensión, profundizar en el análisis de las condiciones sociales y económicas, y no dejarse arrastrar por la crecida del río de las manifestaciones populares aun cuando estas avancen viento en popa y los primeros éxitos inviten a ondear las banderas de la ilusión. La crítica debe ser siempre el principal instrumento, el punto del que partir; pero debe ser crítica participativa, desde el corazón capaz de hacer latir la emoción del enfrentamiento efectivo contra los enemigos de siempre, cuando sus rostros derrotados muerden por primera vez el polvo, y no una ceñuda valoración de los pros y los contra.

Pero un rebelde no basta; ni aun si cien rebeldes se juntaran, no serían más que cien moléculas enardecidas en los momentos de destrucción de las primeras horas, cuando la lucha estalla feroz y se extiende arrollándolo todo a su paso. A pesar de ser figuras importantes, como ejemplo o como estímulo, los rebeldes acaban sucumbiendo ante las necesidades del momento. Cuanto más se deciden a atacar, más advierten un límite insuperable; no alcanzan a ver una solución organizativa y esperan las indicaciones de las masas en revuelta, una palabra aquí, otra allá, al calor del enfrentamiento o en momentos de calma, cuando todos quieren hablar antes que la espera.

Y no se dan cuenta de que también en tales momentos de exaltación hay políticos al acecho. Las masas carecen de las virtudes que a menudo tendemos a atribuirles. La asamblea no es ciertamente el lugar donde poner tu vida en juego, sin embargo la vida es puesta en juego por las decisiones adoptadas en la asamblea. Y los animales políticos que en estos momentos colectivos alzan la cabeza tienen siempre muy claras las ideas sobre lo que decir, traen en bolsillo un bonito programa de recuperación, de vuelta a la normalidad, de llamamiento al orden. Ciertamente no dirán nada incorrecto desde un punto de vista político, lo que les permitirá seguir haciéndose pasar por revolucionarios, pero son siempre ellos, los animales políticos de siempre, los que sientan las bases del poder futuro, que recuperará el impulso revolucionario encausándola hacia propuestas más sosegadas. Por favor compañeros, acabemos con tanta destrucción, al fin y al cabo todo lo que estamos destruyendo nos pertenece, etc. etc.

Nota: El texto fue escrito en 1998 y carece del lenguaje antisexista y/o "inclusivo" por el que abogamos.

Disparar primero, y más rápido, es una virtud muy útil en el lejano oeste, apta para el primer día, pero luego es necesario saber usar la cabeza, y usar la cabeza significa tener un proyecto.

El anarquista, por tanto, no puede ser sólo un rebelde, debe ser un rebelde dotado de un proyecto. Debe unir el corazón y el coraje con el conocimiento y la sagacidad de la acción. Sus decisiones estarán por tanto iluminadas por el fuego de la destrucción, pero alimentadas por el combustible del análisis crítico.

Pero si nos paramos a pensarlo, un proyecto tal no puede nacer sano y fuerte en medio de una refriega. Sería estúpido pensar que todo vendrá del pueblo en revuelta; se trata de un ciego determinismo que nos entregaría amordazados al primer político, levantándose de su sillón, supiera trazar algunas líneas organizativas y programáticas, nublando la visión con cuatro palabras bien engarzadas.

La insurrección es en buena medida un momento revolucionario de gran creatividad colectiva, un momento que puede dar sugerencias analíticas de enorme intensidad (pensemos en los trabajadores insurrectos de la Comuna de París disparando a los relojes), pero no puede ser la única fuente teórica y proyectual. Los momentos más intensos del pueblo en armas pueden, eso sí, acabar con las reticencias o incertidumbres preventivas, hacer ver claro lo que antes se hallaba difuminado, pero no pueden iluminar algo que no existe. Tales momentos constituyen el potente reflector que hace realizable un proyecto revolucionario y anarquista, pero ese proyecto, aunque sea en sus líneas metodológicas, debe ser anterior, debe haber sido elaborado -aunque no puede serlo en todos sus detalles- y, en la medida de lo posible, experimentado preventivamente.

Por otro lado, cuando intervenimos en luchas de masas, en enfrentamientos por reivindicaciones intermedias, ¿no lo hacemos casi exclusivamente para aportar nuestro patrimonio metodológico? Que los trabajadores de una fábrica pidan trabajo e intenten evitar despidos, que un grupo de desahuciados busque una solución a su problema, que los presos hagan huelga para tener una vida mejor dentro de las cárceles, que los estudiantes se rebelen contra una escuela sin cultura; todo esto nos interesa hasta cierto punto. Como anarquistas, sabemos muy bien cuando participamos en estas luchas que están llamadas a confluír con unos resultados que serán, desde un punto de vista cuantitativo, esto es, desde el punto de vista del crecimiento de nuestro movimiento, muy relativos. A menudo los excluidos se olvidan de quienes somos, y no tienen por qué recordarnos, ni menos aun por ejercer algún tipo de reconocimiento. De hecho, muchas veces nos preguntamos qué pintamos nosotros, anarquistas y por tanto revolucionarios, en medio de todas esas luchas reivindicativas, nosotros que estamos contra el trabajo, contra la escuela, contra cualquier concesión del Estado, contra la propiedad e incluso contra cualquier acuerdo que clementemente conceda una vida mejor en las cárceles. La respuesta es simple. Estamos ahí en cuanto portadores de un método distinto. Y nuestro método se materializa en un proyecto. Estamos al lado de los excluidos en todas estas luchas intermedias para aportar un modelo distinto, un modelo basado en la autoorganización de las luchas, en el ataque, en la conflictividad permanente. Y ese es nuestro punto fuerte, y sólo en caso de que los excluidos acepten este modelo de ataque estamos dispuestos a luchar junto a ellos, aunque sea por un objetivo de naturaleza meramente reivindicativo.

Un método será siempre letra muerta, conglomerado de palabras privadas de sentido, si no puede ser articulado en forma de proyecto, de un proyecto capaz de comprender el fondo del problema al que enfrentan los excluidos. Muchos críticos apresurados del insurreccionalismo anarquista podrían haber continuado hibernando si hubiesen prestado atención a este aspecto.

¿A qué viene reprochar que se trata de propuestas metodológicas viejas, de cientos de años, si no se tiene en cuenta esto que estamos diciendo? El insurreccionalismo del que hablamos no tiene nada que ver con aquellos gloriosos días de barricadas, por más que se pueda, en algunos momentos específicos, contar con la posibilidad de intentar llevar una lucha, de la manera más adecuada posible, hacia un enfrentamiento en las barricadas. Pero en sí, en cuanto teoría y análisis

revolucionarios, no pasan necesariamente por tales momentos apocalípticos y se desarrollan y profundizan alejados del ondear de las banderas y del centellar de los fusiles al sol.

Muchos compañeros son perfectamente conscientes de la necesidad de atacar, y se las ingenian para buscar el modo de hacerlo. Advierten de manera confusa la belleza del enfrentamiento contra el enemigo de clase, pero no quieren someterse a una mínima reflexión crítica, no quieren oír hablar del proyecto revolucionario, y el entusiasmo de su rebelión acaba ramificándose en miles de pequeños arroyos que desembocan en desconectadas manifestaciones de impaciencia. Evidentemente no existe una tipología uniforme de este tipo de compañero, se puede decir casi que cada uno de ellos constituye un universo aparte, pero todos comparten el fastidio que les produce cualquier discurso que hable claramente de metodología.

Las distinciones les fastidian. ¿No está acaso todo claro? ¿No están ahí bien visible, el abuso y la injusticia, la explotación y la ferocidad del poder, encarnados en hombres y cosas tumbados al sol como si nada pudiera molestarles? ¿Para qué perder tanto tiempo en discusiones? Es más, ¿por qué no atacar ya, aquí y ahora, al primer uniforme que se ponga a nuestro alcance? En el fondo, incluso una persona, "sensata" como Malatesta, era en cierto modo de este parecer cuando decía preferir la rebeldía individual a esperar para actuar para que el mundo se pusiera patas arriba.

Personalmente nunca he tenido nada en contra, al contrario. La rebelión es el primer paso, la condición esencial para que los puentes ardan a nuestras espaldas; porque aquello que, con miles de fortísimos hilos, nos ata a la sociedad y al poder, pueda ser, si no destruido, al menos debilitado, todo lo que nos ata a la familia, a la moral dominante, al trabajo, a la obediencia a la ley. Pero no basta con dar éste paso. Hace falta ir más allá, reflexionar sobre las posibilidades de una mayor fuerza organizativa a nuestras acciones para que la rebelión se transforme en intervención proyectual hacia la insurrección generalizada; para que de la insurrección individual, paso primero y necesario, se pueda ir más allá.

Es evidente que este segundo momento no va con muchos compañeros. Sentirse ajenos a cualquier esfuerzo en esa dirección les lleva a subestimar el problema, o peor, a despreciar a quienes dedican atención y esfuerzo a las cuestiones organizativas.

Esta discusión toca aspectos metodológicos complicados. Requiere el uso de ciertos conceptos cuyo significado, en el contexto de una teoría de la organización, puede no corresponder con el que se les da normalmente. Esto nos exige poner un poco de atención crítica y liberarnos de prejuicios que puedan limitar nuestros horizontes sin que nos demos cuenta. Clarifiquemos por tanto algunos conceptos.

Un grupo anarquista puede estar constituido por perfectos desconocidos. En ocasiones entro en el local de un grupo anarquista, en Italia y en otros países, y no conozco a casi nadie. El lugar, la actitud, la manera de hablar, la discusión, las frases en las que se vislumbran las elecciones ideológicas de fondo; todo esto hace que un anarquista, en poco tiempo, se sienta a su aire comunicándose con compañeros de la manera más agradable.

No es mi intención hablar aquí de la manera en que se puede organizar un grupo anarquista. Las formas son muchas y cada cual lo hace como mejor le parece. Pero hay una en particular que tiene en cuenta antes que nada -aunque no exclusivamente, claro- la afinidad, real o presunta entre los participantes. Y esta afinidad es algo que no se encuentra en ninguna declaración de principios, en ningún programa trazado a priori, en ninguna participación en luchas específicas, en ningún certificado de "militancia" por antiguo que éste sea. La afinidad es algo que se conquista mediante el conocimiento recíproco. Por eso se dan casos en que se presume de ser muy afín a alguien para descubrir más tarde que no es así en absoluto, y viceversa. Un grupo de afinidad es por tanto un crisol en el que maduran y se consolidan las relaciones de afinidad.

Pero dado que la perfección es cosa de ángeles y no de seres humanos, la afinidad debe ser considerada con agudeza intelectual y no aceptada estúpidamente como panacea para todas nuestras debilidades. Puedo descubrir ser afín a alguien sólo si arriesgo, si me quito el velo, si me

deshago de la coraza que comúnmente me protege como segunda piel. Y esto es algo que no vendrá sólo de conversaciones, hablando de mí mismo, a la espera de que la otra persona empiece a hablar de sí misma; sino que debe darse en las cosas que hacemos juntos, en la acción. Hay pequeñas señales en el hacer que a menudo no controlamos, y que son mucho más significativas que las palabras que en el decir controlamos mejor.

Y es en el conjunto de estos intercambios recíprocos donde se desarrollan las condiciones necesarias para el conocimiento recíproco.

Si la actividad del grupo no se dirige al hacer por hacer, hacia el mero conocimiento cuantitativo, a ser cien cuando ayer éramos diez, si estos cálculos numéricos permanecen en un segundo plano y el objetivo esencial es el cualitativo, el de escuchar a los demás compañeros y participar de su propia tensión hacia la acción, de su deseo de transformar el mundo, entonces estamos ante un grupo de afinidad.

En caso contrario la afinidad no es más que la búsqueda del hombro amigo sobre el que derramar nuestras lágrimas que todos necesitamos.

La formación de un grupo de afinidad no es por tanto una actividad perteneciente únicamente al ámbito teórico, sino que atañe sobre todo a la actividad práctica, a las elecciones a tomar para intervenir en la realidad, en las luchas sociales, porque es a través de estas elecciones y estas luchas como la persona que participa en ellas puede profundizar en el conocimiento de los demás compañeros. Es este proceso múltiple y complejo, el lugar en el que inscribir las profundizaciones teóricas.

La afinidad es, por tanto, por un lado conocimiento recíproco, y por otro, conocimiento en la acción, en la práctica, en la realización de las ideas. La mirada hacia atrás con respecto a lo que los compañeros son, refuerza la mirada hacia adelante que juntos proyectamos hacia el futuro cuando construimos juntos un proyecto, cuando decidimos intervenir en la realidad de las luchas e intentamos comprender cómo y en qué dirección podemos actuar. Ambos momentos, el que mira hacia atrás, perteneciente al momento de la conciencia que podríamos llamar individual, y el que mira hacia adelante, el proyectual, pertenece a la conciencia del grupo, se unen y constituyen la afinidad del grupo, haciendo que este pueda ser considerado a todos los efectos "grupo de afinidad".

La condición así obtenida no es algo que permanezca estático. Se mueve, se desarrolla y retrocede, se transforma en el curso de las luchas y de ellas se alimenta para modificarse en la teoría y en la práctica. No es algo monolítico, ninguna decisión irrevocable, ninguna fe por la que jurar, ningún decálogo al que recurrir en los momentos de duda o miedo. Todo se discute en el seno del grupo, en el curso de las luchas; todo se reconsidera partiendo desde cero cuando sea necesario, también cuando pueda parecer que hay puntos inamovibles y garantizados para siempre.

La elaboración de un proyecto de intervención es patrimonio común del grupo de afinidad por ser ese el lugar más apropiado para el estudio de las condiciones en las que se decide actuar. Y podría parecer que el grupo de afinidad tiene una visión más restringida de sus propias capacidades de intervención en comparación con un grupo adherido a una organización de síntesis, pero la amplitud de los intereses de una estructura anarquista de síntesis es sólo aparente. De hecho, en el contexto de las organizaciones de síntesis, el grupo recibe unas directrices en los congresos y, aun siendo libre en para interesarse por cualquiera de los problemas que caracterizan a una sociedad dividida en clases, en esencia actúa conforme a las directrices recibidas. Al estar comprometida con los principios programáticos aceptados, queda incapacitada para decidir por su cuenta, y al no poder hacerlo, no lo hace, y al no hacerlo acaba adaptándose a los rígidos límites fijados en los congresos, los cuales tienen por condición ineludible la supervivencia de la propia organización por encima de otras consideraciones, esto es, "molestar" lo menos posible al poder para evitar ser ilegalizada. El grupo de afinidad escapa de todos estos límites, de algunos de ellos lo hace fácilmente, de otro sólo con el coraje de las decisiones de los

compañeros que lo forman. Pero esto no cambia el hecho de que este tipo de estructura no puede dar coraje a los compañeros que no lo sientan, no puede proponer acciones de ataque si no se encuentra a voluntad del rebelde en cada uno de ellos, no puede actuar si sus miembros sólo piensan en tertulias de sobremesa.

Se profundiza en los problemas de la realidad, se buscan los documentos necesarios, se formulan los análisis, y el grupo de afinidad está ya preparado para tomar la iniciativa. Y esa es una de las características fundamentales de este tipo de estructura anarquista: no espera la llegada de los problemas como una araña en medio de su tela, va en su busca, los empuja hacia una solución que, una vez propuesta, debe evidentemente ser aceptada por la realidad de los excluidos que padecen directamente las consecuencias negativas del problema.

Pero para realizar una propuesta proyectual en un contexto social que sufre un ataque concreto del poder, un ataque específico y circunscripto, reconocible en una o más fuentes represivas y en un territorio dado, es necesario físicamente en medio de los excluidos, en ese territorio, y tener un profundo conocimiento de los problemas que caracterizan al hecho represivo en curso.

Y así el grupo de afinidad acaba dirigiéndose hacia una intervención localizada, enfrentándose junto a más gente a un problema específico, creando las condiciones –psicológicas y prácticas, individuales y colectivas-, de profundización teórica y disponibilidad de medios, que hagan posible que el problema pueda ser afrontado con las características metodológicas del insurreccionalismo: autoorganización, conflictividad permanente, ataque.

No siempre un grupo de afinidad por sí sólo dispone de las capacidades prácticas y teóricas para llegar a una intervención de este tipo. A menudo, las experiencias pasadas (pocas y habitualmente controvertidas), muestran que la naturaleza del problema, la complejidad de la intervención, la extensión del territorio, la evolución gradual de los medios a emplear para difundir el modelo proyectual deseado en colaboración con las ideas y necesidades de la gente del lugar, hacen necesaria la unión con fuerzas más amplias. De ahí surge la necesidad de mantener contactos constantes con otros grupos de afinidad, con los que se pueda desarrollar una intervención más amplia, que pueda adecuar el número de compañeros, la disponibilidad de medios, y la claridad de ideas a la complejidad y a las dimensiones del problema a afrontar.

Nace así la organización informal.

Un número mayor de grupos anarquistas de afinidad se unen dando vida a una organización informal, cuya finalidad es enfrentarse al problema en concreto que no podía ser atajado por un solo grupo de afinidad. Evidentemente todos los grupos participantes en la organización informal deben estar de acuerdo en las grandes líneas del proyecto, para poder participar ya sea en las acciones prácticas, ya sea en la elaboración teórica.

En la práctica sucede a menudo que algunos grupos de afinidad mantienen relaciones informales entre ellos que, con el tiempo, acaban haciéndose constantes y acaban consolidándose en forma de reuniones periódicas, preparativos de luchas específicas o – todavía mejor - encuentros en el curso de alguna lucha. Esto vuelve mucho más fácil la circulación de informaciones acerca de las distintas intervenciones, los proyectos en elaboración, o las tensiones que llegan de cualquier parte del mundo de los excluidos.

El “funcionamiento” de una organización informal es muy simple. No tiene un nombre que la distinga porque su objetivo no es el crecimiento cuantitativo. No tiene estructuras fijas (aparte de los grupos de afinidad, que hacen su trabajo de manera autónoma unos de otros), en caso contrario el término “informal” no tendría sentido. No tiene un momento “fundacional”, no hay congresos sino simples reuniones periódicas (a realizarse preferentemente en el curso de las luchas), no hay programas sino tan sólo el común patrimonio de las luchas insurreccionales y de la metodología que la caracteriza; la autoorganización, la conflictividad permanente, el ataque.

Y en positivo, el objetivo de la organización informal es el que le confieran los grupos de afinidad que la constituyen. Normalmente, en las pocas experiencias desarrolladas, se ha tratado de afrontar un problema específico, como la destrucción de la base de misiles de Comiso en los años 1982-1983, pero podría tratarse también de una serie de intervenciones para las que la organización informal se articula de manera que pueda proveer posibilidades de intervención a los grupos en situaciones distintas, como turnarse cuando la presencia en un lugar se hace imprescindible durante largos períodos de tiempo (en Comiso los grupos participantes se quedaron en el lugar por dos años). Otro objetivo podría ser poner a disposición medios -tanto analíticos como prácticos- para la búsqueda de información o de apoyo económico, de los que un grupo por sí sólo posiblemente carezca.

Siguiendo en positivo, la función primaria de la organización informal es hacer posible que los distintos grupos de afinidad y los compañeros que los componen se conozcan. Se trata de un grado distinto de búsqueda de afinidad. Ahora, dentro de los límites impuestos por el objetivo a alcanzar, la búsqueda de la afinidad - intensificada por el proyecto en el que se inscribe- se produce entre los distintos grupos, hecho que no excluye la profundización del conocimiento entre individuos. Por tanto la organización informal es también una estructura de afinidad, de hecho basada en el conjunto de grupos de afinidad que la constituyen.

Todas estas consideraciones, que de manera más o menos articulada venimos desarrollando desde hace casi quince años, deberían haber hecho comprender a todos los compañeros interesados la naturaleza de la organización informal. Después de todo este tiempo, no parece que haya sido así. El error más grave proviene, a mi parecer, del deseo - latente en algunos de nosotros- de mostrar músculo, de dotarse de una estructura organizativa fuerte, considerando que este sería el único medio de combatir un poder a su vez musculoso y fuerte. La primera característica de una estructura fuerte, según estos compañeros (expresado de manera más o menos clara), es que debería ser específica y robusta, estable en el tiempo y bien visible, a fin de acabar siendo una especie de faro en la niebla de las luchas de los excluidos; un faro, una guía, un punto de referencia. Nosotros no podemos compartir esta perspectiva. Todo el análisis económico y social del capitalismo postindustrial enseña que una estructura tal, fuerte y demasiado visible, no le duraría nada al poder. La desaparición de la centralidad de clase (o al menos de los que antes se consideraba centralidad), incapacita a las organizaciones rígidas, bien visibles y fuertemente articuladas, para el ataque. En el caso de que estas estructuras no fuesen destruidas al primer golpe, serían rápidamente recuperadas y sus elementos más irreductibles reciclados.

Cuando un grupo de afinidad se cierra sobre sí mismo y deviene un conjunto de compañeros que se dotan de unas normas y las respetan -y por cerrarse sobre sí mismo entiendo no sólo no salir de las cuatro paredes de su local y limitarse a desarrollar las típicas discusiones entre iniciados, sino también responder con oportunas declaraciones y documentos a los distintos momentos represivos dictados por el poder-, en esas situaciones la estructura de afinidad difiere de cualquier otro tipo de organización anarquista sólo en apariencia, en el lenguaje, en las elecciones "políticas", en la manera de interpretar las distintas respuestas a dar a las pretensiones del poder de regular nuestra vida, la vida de todos los excluidos.

El sentido profundo, el propósito esencial de crear una estructura "diferente" basada en opciones organizativas distintas de las de otros grupos anarquistas, a saber, en la afinidad, puede ser desarrollado en la práctica sólo aplicado a un proyecto de lucha específico. Y lo que caracteriza a este proyecto más allá de las palabras o las motivaciones que hacen su análisis más o menos profundo y su práctica más o menos eficaz, es la presencia en él de los excluidos, de la gente, en suma, de las masas, más o menos numerosas, que sufren los efectos represivos del poder contra el que ese proyecto de lucha específico se dirige aplicando el método insurreccionalista.

Por tanto la participación de las masas es el elemento clave que define el proyecto insurreccional, que está basado en la afinidad de los grupos anarquistas que en él participan. Pero es también a su vez elemento clave de la propia afinidad, la cual no pasaría de ser pobre camaradería de élite si no supiera romper los límites de un conocimiento personal más profundo entre compañeros.

Sería sin embargo un contrasentido pretender que la gente se haga anarquista mediante el ingreso en nuestros grupos a fin de afrontar la lucha de una manera anarquista. Sería no sólo un contrasentido, sino también una horrible deformidad ideológica que trastornaría todo el significado de los grupos de afinidad y de la eventual organización informal que nace para afrontar un ataque represivo que en un momento dado, en un territorio dado, el poder dirige contra una parte más o menos numerosa de excluidos.

Ante la tarea de crear las estructuras organizativas capaces de agrupar a los excluidos para comenzar los ataques contra la represión, surge la necesidad de dar vida a los núcleos autónomos de base, que evidentemente pueden llamarse de cualquier otra forma que apunte hacia el concepto de auto-organización.

Y llegamos así al punto central del proyecto insurreccional: la creación de los núcleos autónomos de base (por comodidad les seguiremos llamando así aquí).

Su característica esencial, visible y comprensible a primera vista es que están formados por anarquistas y no anarquistas.

Pero hay otros puntos de más difícil comprensión que, en las pocas ocasiones que ha habido para la experimentación, han sido fuente de no pocos equívocos. En primer lugar por tratarse de estructuras de tipo cuantitativo que, pese a ello, tienen una característica particular; son puntos de referencia, no sedes fijas donde la gente va a contarse y donde por tanto se hace necesario implementar todos esos procedimientos que prolongan en el tiempo las organizaciones y aseguran su crecimiento (afiliaciones, desembolso de cuotas, prestación de servicios, etc.). Puesto que los núcleos autónomos de base tienen como único fin la lucha misma, funcionan como un auténtico pulmón en su función respiratoria; se ensanchan en el momento en que la lucha se intensifica y se reducen cuando la lucha se debilita para volver a ensancharse llegado el próximo enfrentamiento. Durante los tiempos muertos, cuando las tareas a llevar a cabo ya están hechas -y las tareas a las que nos referimos son casi cualquier momento de lucha, desde la distribución de octavillas o la participación en una reunión a la ocupación de un espacio o el sabotaje de un instrumento de poder- el núcleo queda como referente en la zona, como marca de una presencia organizativa informal.

Pensar en un posible crecimiento cuantitativo estable de los núcleos autónomos de base significaría transformarlos en órganos para-sindicales, algo parecido a los Cobas (sindicatos de base italianos), que defienden los derechos de los trabajadores de los distintos sectores productivos, proponiendo una amplia gama de medidas de intervención defensivas y reivindicativas a favor de sus representados. Finalmente, cuantas más delegaciones haya, mayor será la voz del organismo que propone la reivindicación. El núcleo autónomo de base no tiene nada que ver con todo esto. No propone una lucha reivindicativa basada en la delegación, en reclamaciones, o en protestas sobre objetivos genéricos como la defensa del trabajo, el aumento del salario, el control sanitario en las fábricas, etc. El núcleo de base nace y muere con un único objetivo, designado en el momento de iniciar la lucha. Tal objetivo puede ser de naturaleza reivindicativa, pero nunca se intentará alcanzarlo mediante el método representativo de la delegación, sino mediante el método directo de la lucha inmediata, del ataque permanente y sin aviso, del rechazo de cualquier fuerza política que pretenda representar a alguien o a algo.

Los participantes en los núcleos de base no pueden por tanto esperar un apoyo multiforme, capaz de cubrir una gran parte de sus necesidades. Han de entender que el núcleo de base no proporciona ningún apoyo para-sindical, sino que se trata de un instrumento de lucha contra un objetivo preciso y que es válido, como instrumento, sólo en la medida en que sepa mantener la decisión inicial de recurrir tan sólo a los métodos de lucha insurreccionales ya descritos. La participación en los núcleos es por tanto absolutamente espontánea y no podrá ser solicitada, y no caminará en otra dirección que en la exclusiva y específica de aumentar la fuerza y la organización para el ataque al objetivo prefijado anteriormente entre todos. No cabe por tanto esperar que este tipo de órganos alcancen nunca un gran número de participantes ni una gran estabilidad. Durante la preparación de la lucha son pocos los que ven y comparten el objetivo a alcanzar, y menos aún

los que están dispuestos a asumir riesgos. Cuando la lucha comienza y llegan los primeros resultados, los vacilantes y los débiles se suman también y el núcleo crece; después estos participantes de última hora desaparecen, lo que constituye un hecho puramente fisiológico que no debe sorprender ni hacer albergar juicios negativos sobre este instrumento específico de organización de masas.

Otro punto controvertido es el referente al tiempo de vida del núcleo autónomo de base, que vendrá determinado por la consecución de un objetivo (o por el acuerdo común sobre la imposibilidad de conseguirlo). Muchos se preguntan por qué si los núcleos funcionan “también” como puntos de referencia y encuentro, no alargar su existencia para un eventual uso futuro diferente del actual. La respuesta va, una vez más, ligada al concepto de “informalidad”. Toda estructura que persiste en el tiempo más allá del fin para el cual fue concebida, si la condición esencial de su existencia era la consecución de tal fin y no una defensa genérica de sus integrantes, acaba tarde o temprano entumeciéndose y deviniendo una estructura estable que acaba invirtiendo el sentido del objetivo inicial y cambiándolo por el del – aparentemente legítimo- crecimiento cuantitativo, de su fortalecimiento para la consecución de una multiplicidad de objetivos, todos igualmente interesantes, que a buen seguro se levantarán en el horizonte nebuloso de los excluidos. De manera paralela al arraigo de la estructura informal y a su transformación en una estructura estable, aparecen los individuos adecuados para su gestión, siempre ellos, los más capaces, los que disponen de más tiempo, y tarde o temprano el círculo se cierra sobre una estructura, presuntamente revolucionaria y anarquista, que por fin descubre su único y verdadero fin; su propia supervivencia. Y esta refinadísima forma de poder, que nace de la “estabilidad” de una estructura organizativa, aunque esta sea anarquista y revolucionaria, resulta altamente atractiva para tantos compañeros, naturalmente de buena fe, deseosos todos de hacer el bien al pueblo, etc., etc. etc.

Un último elemento organizativo que en ocasiones puede hacerse indispensable es la “coordinadora de núcleos autónomos de base”. Esta estructura, basada también en la informalidad, está formada por representantes de los núcleos de base y casi siempre es de vital importancia que sea dotada de los medios adecuados al fin de alcanzar. Los núcleos dada su función de “pulmón”, pueden basarse en una informalidad que se refleje también en una ausencia de sede, de sitio en el que reunirse, por cuanto el núcleo puede ponerse de acuerdo para reunirse directamente en las calles. Pero tal cosa no puede hacerse con la coordinadora, pues necesita un local oficialmente abierto que, en caso de que la lucha se prolongue en el tiempo, por meses o incluso años, y se extienda por un amplio territorio, se convierta en el lugar en el que se coordinan las actividades de los núcleos de base.

La presencia de grupos de afinidad no es directamente visible a la coordinadora, y lo mismo puede decirse sobre la organización informal. Naturalmente todos los compañeros anarquistas comprometidos en la lucha están presentes en los distintos núcleos de base, pero ese no suele ser el mejor lugar para la propaganda anarquista en el sentido clásico del término. La tarea a desarrollar en el seno de la coordinadora y de los grupos es, en primer lugar, una clarificación analítica del problema de fondo, del objetivo que se quiere alcanzar, para lograr una profundización de los medios insurreccionales a emplear en la lucha. El cometido de los compañeros se va concretando en la participación en el proyecto y la profundización, junto al resto de interesados, en los medios a utilizar, en los métodos a emplear. Aunque todo parezca sencillo en la presente esquematización, en la práctica se revela como algo bastante más complejo.

La función de la “coordinadora de núcleos autónomos de base” es por tanto hacer de enlace entre las luchas. Haremos referencia aquí a un problema, extremadamente indigesto para los anarquistas, y muy simple para quienes no lo son; la necesidad, en caso de ataque en masa a las estructuras del poder, de distribuir las tareas antes del ataque mismo, de ponerse de acuerdo, hasta en los mínimos detalles, sobre las necesidades del momento. Algunos imaginan estos momentos como la fiesta de la espontaneidad; el objetivo está ahí delante, basta con ir hacia él, dispersar las fuerzas que lo protegen, destruirlo. Lo expreso en estos términos a sabiendas de que muchos verán aquí cientos de matices, pero la sustancia del problema no cambia. En estos casos, o todos los participantes tienen en mente, de manera precisa, qué hacer –puesto que se trata de

una lucha que para bien o para mal se desarrollará en un territorio, y encontrará enfrente una resistencia armada que deberá ser superada-, o sólo algunos sabrán qué hacer, en cuyo caso la confusión será la misma, si no peor, que si nadie supiera lo que hay que hacer.

Por tanto hace falta un plan. Se han dado casos en los que ha hecho falta un plan militar armado hasta para distribuir octavillas (como en la insurrección de Reggio Calabria). Pero, ¿un plan así puede ser compartido por todo el mundo, aunque sea unos días antes del ataque? Yo creo que no. Las normas básicas de la prudencia dicen que no. Además los detalles del plan de ataque han de ser puestos a disposición de todos los participantes. Pero no todo el mundo puede participar, sólo quienes son más o menos conocidos, ya sea por su pertenencia los núcleos autónomos de base, o por su pertenencia a los grupos de afinidad. Todo ello para evitar una infiltración por parte de la policía o de los servicios secretos que en situaciones así es más que probable. Las personas no conocidas deberán ser avaladas por otras conocidas. Son cosas desagradables, pero inevitables.

El problema se complica cuando el proyecto en curso es conocido, aunque sea sólo de manera superficial, por un gran número de compañeros, que pueden estar interesados en participar en una de estas acciones de ataque. En ese caso la afluencia puede ser considerable (en Comiso durante los días en los que se produjeron los intentos de ocupación, llegaron a contarse trescientos compañeros de toda Italia y de otros países) y la necesidad de evitar infiltrados más urgente. Los compañeros llegados en el último momento pueden sentirse ajenos a la organización de la acción y no alcanzar a entender qué está pasando. Por otro lado, deberán ser efectivamente ajenos a la acción todos aquellos que no acepten los medios de verificación expuestos más arriba.

Dos preguntas para terminar:

¿Por qué consideramos tanto la metodología como el proyecto insurreccional como los medios más adecuados para el enfrentamiento revolucionario hoy en día?

¿Qué podemos esperar del empleo de medios insurreccionales en una situación en la que no hay una insurrección en curso?

En cuanto a la primera pregunta el análisis de las formaciones sociales y económicas hoy en día da a entender que estos medios son los más idóneos y que resulta imposible, o útil tan sólo a la restauración de la dominación, conducir luchas a partir de estructuras de síntesis que reproducen, tanto a pequeña como a gran escala todos los defectos de las estructuras de partido del pasado.

A la segunda pregunta se puede responder diciendo que es imposible saber a priori cuáles son las condiciones que permiten el desarrollo de una insurrección. Cualquier ocasión podría ser la buena, incluso si se trata de un pequeño experimento aparentemente irrelevante. Pero es que además, desarrollar un proyecto de lucha insurreccional, y hacerlo a partir de un problema específico que opera como hecho represivo en perjuicio de masa considerables de excluidos, no es un simple "experimento", es insurrección en curso, sin pretender sobrevalorar así algo que nace pequeño y que con toda probabilidad pequeño seguirá. Lo que cuenta es el método, y los anarquistas tienen todavía un largo camino que recorrer en esa dirección, para al menos no estar tan mal preparados de cara a todas esas citas con insurrecciones de toda una población que sin duda seguirán sucediendo.

Alfredo M. Bonanno

21 de noviembre de 1998

El texto "El método insurreccional" (1998) mantiene una actualidad y vigencia relevante para fortalecer y revitalizar el debate y la acción anárquica insurreccional en diversos contextos y territorios.

Con la difusión de este texto, editado y puesto en circulación por compas de diversos territorios seguimos, en pleno 2021, reivindicando y reactualizando la afinidad, la informalidad, la autoorganización, la conflictividad y el ataque permanente como elementos fundamentales de la propuesta anárquica para la lucha contra el Estado y toda forma de autoridad.

